1741 J.A HOUDON 1828
VOLTAIRE

Voltaire - 3ª y última aparicion

Se alejó el hermano Pánfilo, y fray Plácido se llevó la mano a la frente para hacer la señal de la cruz, cuando lo detuvo un ¡ay! y el crujir de unas rodillas huesosas que él ya, por dos ocasiones, había escuchado con horror.

—¡Te prometí volver una vez más, y hoy cumplo mi promesa! — le dijo Voltaire — Guárdate de hacer esa señal, que yo he escarnecido cuando vivía y que ahora me hace caer de rodillas, junto con los ángeles y los demonios.

La figura del patriarca de Ferney era más lúgubre y más tétrica. Venía envuelto en una manta que parecía de un fuego sin resplandor, pero que se le pegaba a las carnes, y de la que no podía separarse, como si más que el fuego lo aterrara el frío o la desnudez.

—He desnudado en mis obras con tanta impudicia a los seres humanos, que hoy mi castigo es sufrir horrorosamente el pudor que enseñé a despreciar...

Fray Plácido, no sabiendo qué decir, respondió:

—Ya no te esperaba. ¡Han pasado tantos años!

Voltaire se rió con risa dolorosa y sarcástica:

—¿Tantos años te parecen? ¡Díez, veinte, treinta! Hace treinta años los hombres celebraron el segundo centenario de mi infierno. A vosotros, los vivientes, treinta años os parecen muchos. A nosotros, en la eternidad, no nos parecen más largos que un parpadeo, porque ni treinta, ni cien, ni mil, significan nada, nada, nada. Y, sin embargo, un solo minuto es intolerable y nos parecería eterno, si no tuviéramos constantemente la visión de la eternidad que tenemos por delante.
—¡Desventurado, sin remisión! —exclamó fray Plácido, compadecido.
Y Voltaire se volvió a reír:
—¿Te apiadas de mí?
—Sí, y voy a preguntarte de nuevo lo que ya te pregunté: si te dieran un minuto para arrepentirte, ¿lo aprovecharías?
—Aunque me devolvieran la libertad, yo no sería libre. ¿Has visto alguna vez el catálogo de mis obras? La lista sola, en todos los idiomas, ocupa tomos enteros. ¿Podrías calcular los millones y millones de lectores que han tenido; los millones y millones de blasfemias que han suscitado; los millones de almas que por ellas perdieron la fe y se han condenado? Yo soy prisionero de mis libros y de las almas que he arrojado al infierno.
—¿Te conocen, te persiguen?
—¡Ah, si pudiera librarme de ellas! ¿Has visto una jauría de perros hambrientos, cuando su dueño entra en el vallado en que los tiene?. Se abalanzan y lo acosan aullando para que les dé algún alimento con que saciar el hambre que los devora. Así ellas, las que en el mundo me admiraban, corren como un torbellino detrás de mí, reclamándome un alivio que no puedo darles, y cobrándome en insultos los elogios que antes me hicieron. Y yo, como un cobarde que se pinta el rostro para disimular su palidez, me río y me burlo de ellas, para esconder el terror que les tengo.
—Ahora comprendo que no te dejarían arrepentirte, si pudieras hacerlo...

—Si yo tuviera un minuto para arrepentirme, suponiendo que mi orgullo me dejase exclamar: ¡Perdóname, Señor: yo que blasfemé tu nombre, te confieso y me humillo! Suponiendo que yo fuera capaz de un acto sobrenatural, más portentoso que el resucitar a un muerto, esas almas que se perdieron por mi culpa no permitirían que yo me salvase... Yo, que fui su maestro, soy ahora su prisionero...
—Has hecho mucho mal a los otros, pero más te has hecho a ti mismo.
—En efecto, yo soy el padre del liberalismo, que, a su vez, engendró el ateísmo y luego el satanismo y el culto a la blasfemia... ¿Te imaginas que yo pueda arrodillarme ante el Infame y abandonar a los millones que me siguen y me reconocen como a su señor espiritual?
—¿Pero los tormentos que sufres...?
—Son inenarrables, pero no cambiarán nunca mi voluntad de rebelde. Un alma obstinada e impenitente es más dura que una cordillera de diamante. En medio de las llamas no me arrodillaré y seguiré diciendo eternamente, como el diablo: ¡*Non serviam*!"Más vale reinar en los infiernos, que servir en el cielo."
—Bien me dijiste —observó con tristeza el fraile—, la primera vez que me visitaste, que el Cordero no firma nunca una sentencia de reprobación.
—¡No, nunca! Es el réprobo quien la firma, y voluntariamente se condena. Sólo una sentencia va a firmar el Infame, y es la del mayor enemigo de su nombre...
—El Anticristo... ¿Ya ha aparecido?
—Si, ya ha empezado a reinar sobre el mundo, con un sacrilegio de que yo mismo en Ferney me habría horrorizado, ¡yo, que tantas veces, por engañar a mi servidumbre o por mofa, comulgué en pecado!
—¿Ha saltado, pues, el sexto sello?
—Si, y la tierra no ha podido sustentarse en su quicio. Se ha enderezado en su eclíptica 23 grados y medio, y ha dejado de rotar alrededor de su eje. Ahora los días y las noches duran un año entero, y los hombres que han quedado viven en las entrañas de la tierra, que es porosa como una esponja y surcada de corrientes de agua.
—¿Y el papa y la Iglesia, dónde están?

—En el mismo instante en que el hombre perverso comulgaba de manos de un sacerdote católico, en los antípodas de la tierra, el emperador Otón hacía asesinar al papa y con él a la mitad de los cardenales que cayeron en su mano. Los otros huyeron hacia la tierra santa...
—¿Y Roma fue destruida?
—Toda Europa fue destruida al caer como una estrella del cielo en los abismos de la apostasía ese sacerdote que le dio la comunión al Anticristo. ¡No me preguntes su nombre!
—¡No lo quiero saber! Tu lengua es mentirosa, y dirá mentiras.
—Hoy —respondió Voltaire— debo decir la verdad, por mandato de Dios. Pero hoy la verdad no me quema la lengua, porque sólo anuncio males.
—¿Que otros males?
—Al caer esa estrella, como una antorcha ardiente en el mar...
—Eso está anunciado con estas palabras: *Et cecidit de cœlo stella magna, ardens tanquam facula*.
—¡Bien conoces tu Biblia, viejo fraile! —respondió Voltaire con una mueca horrible que quiso ser una sonrisa—. Pues al caer la estrella y detenerse el movimiento de la tierra alrededor de su eje, los mares y los continentes cambiaron de lugar; las aguas de la tercera parte de los ríos se volvieron salobres, y han muerto de sed poblaciones enteras.
—Tal cual está profetizado —dijo el fraile.
—Otón y su imperio han sido sepultados bajo el Mediterráneo, como Faraón y su ejército bajo el mar Rojo. España y toda la Europa Central han desaparecido. Sólo queda el imperio de Satania, hasta que el Anticristo se adueñe de él. Ya la mitad de sus habitantes tienen la frente marcada con su cifra.
—Si Roma ha sido destruida —preguntó fray Plácido—, ¿dónde se refugiará la Iglesia?
—Tú le sabes mejor que yo, porque crees en las profecías que yo escarnecí.

—¡Tú no podías creer en nada santo! Las profecías, dice San Pablo, no son para los infieles, sino para los fieles. En cuanto a la profecía que anuncia cuál será el refugio de la Iglesia, está en Zacarías, y dice así: "El Señor elegirá de nuevo a Jerusalén" (*Et elegit adhuc Jerusalem*).Dime ahora qué nuevo papa tenemos...
—Congregáronse los cardenales en Jerusalén —respondió Voltaire— y eligieron a Clemente XV...
—*Flor Florum*... —indicó fray Plácido, recordando el lema que le asigna la profecía de San Malaquías, Flor de flores...
—Ha correspondido el lema, porque ha vivido menos que una flor. Había sido electo para regir a los pueblos con vara de hierro, pero fue a los pocos días asesinado. El Colegio Cardenalicio se ha dado cita en un desierto para elegir al sucesor, desconociendo al antipapa, que un conciliábulo de apóstatas ha elegido por mandato del Anticristo...
—¿Cómo se llama ese antipapa?
—Me dijiste que no querías saber su nombre...
—¡Ah! ¿Es él? —preguntó fray Plácido, sintiendo un golpe de sangre en su viejo corazón.
—Si, es aquel que un día, hace treinta años, se ordenó y yo te anuncié que sería una estrella que se llamaría Ajenjo. Su nombre pontificio es Simón I.
—¡Simón de Samaria! —exclamó con dolor fray Plácido, y añadió la acongojada imprecación de Isaías:
. *¿Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana? Tú que decías en tu corazón: subiré al cielo junto a las estrellas...*"

Como Voltaire nada dijese, él le interrogó:

—¿Qué lo ha precipitado a la apostasía? ¿La codicia?
—¡No!
—¿La sensualidad, acaso?
—Tampoco.
—¿El orgullo?

—Sí, el orgullo, que es la raíz de todas las grandes apostasías. Cuando a un fraile le entra la obsesión de reformar la disciplina de la Iglesia, o pretende poseer la clave de las Escrituras, si no es muy humilde, está perdido. Nunca deja de hallar adeptos que lo aplauden. Comienza el engreimiento, luego la obstinación, después la rebeldía y la apostasía... Los otros pecados vienen por añadidura.
—¿Mi superior caerá en ellos?
—No sé. Un sacerdote rebelde puede durante años seguir siendo casto y sobrio, y cumpliendo aparentemente su ministerio hasta que un día afloja por todos lados, a la manera de un navío que ha encallado...
—Aquella mujer que se hacía llamar Juana Tabor, ¿se convirtió, por ventura, o lo siguió en su desvarío?
—Aquella mujer es Jezabel, la profetisa del Anticristo, que preparaba sus caminos simulando unas veces el amor, otras el deseo de convertirse...
—Casi siempre es así —murmuró el fraile—. Los infelices heresiarcas acaban por ser juguete de alguna profetisa, que les infunde la más sutil y diabólica de las tentaciones: el deseo de convertirlas por amor. Con esto pretenden engañar a Dios, pero, como dice el texto santo:
"¿Tiene acaso Dios necesidad de vuestra mentira?"
Al oír esto, Voltaire se retorció de dolor, y pronunció en latín una frase bíblica: *Mentita est iniquitas sibi.* (La iniquidad se ha engañado a sí misma.) Y añadió con amargura extrema:
—Si comprendieses cuánto sufro al pronunciar este texto, que pudiera escribirse en el pedestal de todas mis estatuas...
—El mentirse a sí mismo es una forma de la obstinación y del orgullo —comentó el fraile—. Pero dime, ¿qué alivio sientes al hablar?
—¿Acaso puedo hablar de alivio, cuando sigo mi naturaleza actual? Pero es seguro que el no seguirla me resultaría más insoportable dentro de lo insoportable. Soy y seré eternamente como una piedra ardiente o como un bólido. No me alivia el viento infernal que zumba en mis oídos cuando recorro los espacios infinitos, pero me retorcería de tortura si me detuviera. Aun el visitarte, por mandato de Dios, me causa horror.

—¿Por qué?
—Porque a mí, habitante infeliz de la eternidad, me pone en contacto con el tiempo que dejé correr perversa y estúpidamente. Un solo segundo, sólo uno, quisiera yo ahora de los 2.429.913.600( ) de que dispuse desde que tuve uso de razón hasta el instante en que morí...
—¿Por qué citas el número?
—Porque a cada instante, como un avaro que cuenta sus monedas, cuento ese tesoro de segundos que dilapidé con desdichada prodigalidad. Con uno solo habría tenido bastante para cambiar el rumbo de mi eternidad.
Al decir esto, la sombra arrojó un largo gemido que penetró la médula del fraile, a la manera de un ácido mordiente y helado.
—No gimas así; me produces un mal horrible... ¿Puedo hacer algo por ti?

Voltaire guardó silencio un rato, y luego dijo.

—Epulón, desde el infierno, clamaba para que lo oyeran sus hermanos. Mi condición es incomparablemente peor, por la naturaleza de mis culpas, que fueron principalmente pecados contra el Espíritu. Yo no puedo desear ningún bien a nadie, sino mal. Solamente hay para mí una esperanza, que es una contradicción de mi naturaleza.

—¿Cuál es?

—Dado que mi pena crece con cada alma que se pierde por mi culpa, sólo tengo una esperanza: la de que se realice la orden del Anticristo, que ha mandado destruir todas las bibliotecas de su imperio, como Herodes mandó matar a todos los niños, por odio a uno solo. El Anticristo quiere destruir las Escrituras y todas las letras de ellas que hay en los libros...

—Tus libros perecerán, pero tu doctrina vivirá y seguirá secando en sus fuentes el agua viva del bautismo cristiano.

Voltaire iba a explicar aquella contradicción que le hacía desear, en su odio a Cristo, que el mundo siguiera renegando de Él, y temer al mismo tiempo el que aumentaran las almas perdidas por sus libros. Pero algo debió ocurrir en el otro extremo del mundo, de lo que él recibió instantánea noticia pues se inmutó y callo unos minutos; luego dijo:

—En este momento acaba de marcarse con la cifra del Anticristo el último de los vivientes que faltaba. Ya no quedan sino los señalados con la señal del Cordero, que no prevaricarán. Van a empezar las persecuciones hasta la gran batalla...

— ¿Qué ocurrirá entonces?

—Vendrá el Hilo del Hombre y matará con el aliento de su boca al Hombre de la Perdición, y desde ese momento en los infiernos habrá quien envidiará mis torturas, porque serán inmensamente menores que las suyas...

—Eso en tu eterna morada... ¿y en el mundo, en donde todavía hay tiempo?

—No habrá más tiempo. Aparecerá en las nubes el Infame, y todos vosotros, los que por vuestra dicha habréis perseverado, os levantaréis en los aires para salir al encuentro del Hijo del Hombre, y el mundo entrará en los esplendores del Reino de Dios... ¡Infeliz de mí, que tengo ya la eternidad en mis venas, y ni un solo minuto de los que vosotros, mortales, despreciáis como granos de polvo! ¡Toda mi gloria por un grano de ese polvo de oro que es el tiempo!

Con esto desapareció su dolorosísima figura, y fray Plácido se quedó pensando si por tercera vez habría soñado aquello.